

no sobre la educación, cosa es demostrada por el gran número de ignorantes que se sienten dichosos en su ignorancia, y hasta en el momento de morir se consuelan con esperanzas quiméricas, que para ellos son un beneficio.»

Con semejante teoría, nada más fácil que justificar el inmovilismo intelectual y social, y se comprende que el inteligente y hábil Federico II protegiera a La Mettrie.

Continuemos nuestra exposición:

«La reflexión puede aumentar el placer, pero no darle. El que por ella es dichoso posee una felicidad superior, pero frecuentemente la reflexión destruye el placer: uno se siente dichoso por sus mismas disposiciones naturales; otro es rico, prestigioso y enamorado, a pesar de ello se siente desgraciado porque es inquieto, impaciente y celoso, porque es esclavo de sus pasiones.

«En igualdad de condiciones, la diferencia entre los buenos y los malos consiste en que en los primeros predomina el interés público sobre el privado, en tanto que ocurre lo contrario en los segundos; unos y otros obran con necesidad; de donde puede y debe inferirse que el arrepentimiento es absolutamente condenable, porque turba la tranquilidad del hombre sin influir sobre su conducta».

Podemos, no obstante — confiesa La Mettrie — dar la preferencia a los que ponen el interés general sobre el particular, y dirigir en ese sentido nuestra educación y nuestras prescripciones sociales; pero sólo de paso menciona el altruismo. «Enriquecese uno — dice — en cierto modo por la beneficencia y se toma parte en la alegría que se ha causado». No es esto decir, y La Mettrie no lo ha comprendido, que «el principio moral más importante sobre que el materialismo pueda apoyarse» es la simpatía y el sentido social.

En resumen, como muy bien dice Lange, si La Mettrie ha predicado demasiado el relativismo, no ha predicado el vicio, como en la fábula de

las *Abejas* lo hizo Mandeville, el prototipo de los economistas liberales puros, de los campeones del dejad-hacer económico.

Pasemos ahora al gran obrero de la *Enciclopedia*. Diderot se representa la Naturaleza como un gran Todo, cuyos individuos son las partes y cuya ley es la transformación universal. — Nacer y morir sólo es cambiar de forma: una fermentación sin tregua, un cambio incesante de substancia, una circulación perpetua de la vida: he ahí el enigma de la existencia tal como ya lo había concebido Heráclito. La metafísica es una aberración, una enfermedad del espíritu humano.

«Percibí — dice — en la vaguedad del espacio un edificio suspendido como por encanto, sin ningún sostén; sus columnas, que no tenían medio pie de diámetro, sostenían bóvedas que únicamente se distinguían a favor de los días, de que simétricamente estaban agujereadas... Llegué al pie de una tribuna a la que servía de dosel una gran tela de araña, que me pareció colocada como sobre una punta de aguja. Cien veces al día temblaba por el personaje que la ocupaba, que era un anciano de lengua barba, tan seco y más desnudo que todos sus discípulos, y que mojaba en una copa llena de un fluido sutil un canutillo, que llevaba a su boca y soplabá burbujas a una multitud de espectadores que trabajaban en elevarlas hasta las nubes».

Continúa Diderot.

«Aquella multitud aumentaba a medida que el personaje avanzaba. En el progreso de sus aumentos sucesivos, se me apareció bajo cien formas diversas. Le ví dirigir hacia el cielo un largo telescopio, apreciar por medio de un péndulo la caída de los cuerpos, conocer con auxilio de un tubo lleno de mercurio la pesantez del aire, y, con el prisma en la mano, descomponer la luz.

«Era entonces un enorme coloso; su cabeza tocaba a los cielos, sus pies se perdían en el abismo, sus brazos se extendían de uno a otro polo.

«Con la mano derecha agitaba una